

La semana pasada la Cámara de Representantes votó a favor de despojar 40 mil millones de dólares del Programa de Ayuda para Alimentos de los Estados Unidos. Casi se podía oír a la gente con hambre llorar de desesperación. Este proyecto de ley probablemente no avanzará en el Senado o sobrevivirá el veto del presidente. Sin embargo, los legisladores muestran tal desprecio por los pobres en nuestro país que es desalentador. Las iglesias, los bancos de alimentos, y comedores no pueden proporcionar ayuda suficiente para apoyar a los más necesitados. Toda persona tiene derecho a la alimentación, y el gobierno debe proteger este derecho.

Lamentablemente, las personas que necesitan ayuda cada semana para pagar sus cuentas están acostumbrados a esto. Si solicitan empleo, pero no son contratados, toman préstamos, pero los prestamistas les engañan. Necesitan atención médica, pero no pueden tenerla. Aquellos con menos crecen rencor contra aquellos que pueden hacer algo y no lo hacen.

¿Dónde pueden acudir? El Salmo ciento cuarenta y seis dice que regresen al Señor. El evangelio de hoy dice cómo Dios cuidó del pobre Lázaro cuando el hombre rico le abandonó. El profeta Amós arremete contra los ricos que se acuestan en camas de marfil, que comen mucha comida, que escuchan música, que beben vino en tazones, y se ungen con los mejores aceites, mientras que los fieles de Dios se derrumban de la angustia. En medio de estas lecturas cantamos: "¡Alaba alma mía al Señor," ¿Por qué debemos ser felices? El Señor da una ayuda concreta a los necesitados: libera a los cautivos, da vista a los ciegos, endereza a los que se doblan, ama a los justos y protege a los extranjeros. El Señor hace todas las cosas que los ricos no hacen.

El Señor nos ayuda de dos maneras diferentes: materialmente y espiritualmente. A veces Dios hace precisamente lo que dice el salmo. Después de la oración, a veces sí recibimos la salud, amigos fieles, y más comida. Otras veces no recibimos la ayuda explícita que queremos. Pero siempre recibimos del Señor la seguridad espiritual de la amistad y el cuidado. Incluso en nuestra pobreza, nos encontramos con más fuerza de Dios que de los seres humanos. Cuando las personas fallan, Dios permanece fiel.

Cada uno de nosotros nos quejamos de la vida. A veces no tenemos lo que otros disfrutan. A veces otras personas nos tratan injustamente. No nos gusta eso. El Salmo 146 nos recuerda que a Dios no le gusta tampoco. La injusticia es intolerable. Dios ofrecerá la justicia cuando las personas no lo hacen. No obstante, debemos asegurarnos de que estamos ofreciendo justicia a aquellos que más lo necesitan. Podemos ofrecer alimentos a los que lo necesitan, podemos ayudar a los enfermos, y que podamos compartir nuestra fe. Podemos cuidar a los niños que han perdido a uno de sus padres. Cuando ayudamos a construir un país más justo, Dios nos verá con más bondad a nosotros en nuestros momentos de necesidad.